

2.º domingo ordinario B



***Rabí, ¿dónde vives? –
Venid y lo veréis. (Jn 1,38.39)***

Primera lectura

1 Samuel 3,3b-10.19

En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo, donde estaba el arca de Dios. El Señor llamó a Samuel y él respondió: – Aquí estoy. Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo: – Aquí estoy; vengo porque me has llamado. Respondió Elí: – No te he llamado; vuelve a acostarte. Samuel volvió a acostarse. Volvió a llamar el Señor a Samuel. El se levantó y fue a donde estaba Elí y le dijo: – Aquí estoy, vengo porque me has llamado. Respondió Elí: – No te he llamado; vuelve a acostarte. Aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel, y él se fue a donde estaba Elí y le dijo: – Aquí estoy; vengo porque me has llamado. Elí comprendió que era el Señor quien llamaba al muchacho y dijo a Samuel: – Anda, acuéstate; y si te llama alguien, responde: "Habla, Señor, que tu siervo te escucha". Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y le llamó como antes: – ¡Samuel, Samuel! El respondió: – Habla, Señor, que tu siervo te escucha. Samuel crecía, Dios estaba con él, y ninguna de sus palabras dejó de cumplirse.

Segunda lectura

1 Corintios 6,13c-15a.17-20

Hermanos y hermanas: El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo. Dios, con su poder, resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? El que se une al Señor es un espíritu con él. Huid de la fornicación. Cualquier pecado que cometa el hombre, queda fuera de su cuerpo. Pero el que fornicar, peca en su propio cuerpo. ¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? El habita en vosotros porque lo habéis recibido de Dios. No os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!

En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: – Este es el Cordero de Dios.

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y, al ver que lo seguían, les preguntó: – ¿Qué buscáis?

Ellos le contestaron: – Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?

El les dijo: – Venid y lo veréis. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró primero a su hermano Simón y le dijo: – Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús.

Jesús se le quedó mirando y le dijo: – Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa Pedro).

Meditación

La acentuación del evangelista se centra preferentemente en la eficacia del testimonio y las consecuencias del mismo. Aquellos dos discípulos de Juan personifican esta eficacia y las consecuencias del testimonio dado por su maestro. Ellos entienden que deben abandonar al que, hasta entonces, había sido su maestro para seguir a Jesús. ¿Qué les decidió a ello? Aquí parecen faltar los presupuestos psicológicos, a los que hoy damos tanta importancia. Estamos sencillamente ante la convicción profunda de la fe. Ellos han captado todo el significado que en el título "cordero de Dios" va implicado.

Por primera vez oímos hablar a Jesús en este evangelio de Juan. Una voz que es interrogante para el hombre: ¿qué buscáis? ¿Simbolizan estos dos discípulos la búsqueda incesante que constituye el vivir de cada hombre? De hecho la escena parece carecer de sentido interpretándola, sin más, como suena. ¿Para qué querían saber aquellos hombres dónde vivía Jesús? En todo caso siguieron la invitación-mandato de Jesús y permanecieron con él aquel día. Se da por supuesto que comprobaron o, al menos, se convencieron de que la presentación de Jesús, que les había hecho su anterior maestro, respondía a la realidad de lo que Jesús era. Lo reconocieron como el Mesías.

Ya dijimos que nos hallamos ante las primeras palabras pronunciadas por Jesús: ¿qué buscáis? Es el primer interrogante de todo aquel que quiere conocer y seguir a Jesús. De ahí la pregunta de aquellos dos discípulos: ¿dónde vives? Porque donde vive Jesús, deben vivir sus discípulos.

En esta misma dirección debe descubrirse la intención del evangelista al decir que "era la hora décima" (= las cuatro de la tarde). ¿Simplemente por la impresión que le había producido aquel primer encuentro con Jesús? Sin duda alguna que aquel primer encuentro debió producirle una impresión profunda. Pero, en la clave en la que escribe Juan, es preciso buscar algo más profundo. La hora décima es la hora de la plenitud, del cumplimiento. Es el número diez que tanta importancia tiene en el Antiguo Testamento, en el judaísmo, entre los pitagóricos y en la gnosis. Número perfecto según Filón de Alejandría. Jesús es la plenitud. Quien busca, en él encontrará la respuesta con toda su plenitud a su búsqueda. Jesús como plenitud de la revelación. Como el único Revelador.